



Encendiendo la lucidez

Joaquín Araújo

Afirmar que pocas situaciones van a beneficiarnos tanto – al derredor y a esta sociedad – como la escalada de los precios del petróleo podría entrar en el catálogo de los gestos surrealistas si no fuera afortunadamente cierto. Porque, al igual que con la sequía, parece demostrado que sólo comenzamos a rectificar cuando el dolor ya es enfermedad y no cuando era únicamente advertencia. Es decir, que ese prodigio que a veces nos ampara, y que podríamos llamar precaución, está en una situación perfectamente comparable a la del lince. A la anticipación tendremos que reproducirla, por tanto, en la cautividad de la inflación, del cambio climático, de las infraestructuras desbocadas, de los fríos excesivos en los interiores y de la matriculación que no cesa. Lo que sí va a hacerlo es el corto viaje del petróleo como combustible principal del progreso.

Aquellos de que las deudas superan a los beneficios, en casi todos los sectores económicos del momento, empieza a ser comprendido hasta por los que hicieron oficio y negocio del negarlo. Como afirman los cada día mejores economistas ecológicos la amenaza de ruina ya es patente incluso sin tener en cuenta los costes ocultos a los que tan aficionada es la contabilidad empresarial e institucional del momento. Porque no olvidemos que en “el debe” del modelo energético que se tambalea figuran desde las mareas negras a los centenares de millones de animales muertos por causa del tráfico y desde la contaminación acústica hasta la decrepitud anímica que generan los atascos. Pero más que nada los casi dos millones de humanos que han dejado su vida en el asfalto en el último siglo. Si animamos un poco más el análisis resulta por completo incalculable el montante de los destrozos, en todos los campos de lo viviente, que

están propiciando las otras formas de contaminar derivadas del uso bulímico de energía al que nos hemos entregado.

Curioso, si se quiere, el que podamos definir perfectamente a este comportamiento como el del hijo pródigo, término cuyo verdadero significado es el que se otorga a quienes desperdician, dilapidan, sin orden ni sentido, su hacienda de forma inútil. También solemos asociar el pasaje bíblico al que retorna a casa. En nuestro caso nos valen los dos, porque no menos se trata de olvidar el despilfarro y de recuperar la economía del hogar. De esa casa que amenaza ruina que, una vez más como la de la parábola, no es que vaya a abrir la puerta, para que volvamos a la sensatez de administrar correctamente nuestros bienes, es que no desea hacer otra cosa.

La pavorosa insolencia de haber olvidado al sol como primera, incesante, gratuita y limpia forma de abastecernos de comodidad está siendo rectificadas. Ya no sólo por ese reducido plantel de impertinentes que a bordo de ideología, ciencia o negocio alternativo lideran el mundo de las energías limpias, baratas y eficientes. También es conato, incluso por parte de las grandes empresas del sector. Pero el paso crucial, para iniciar una larga caminata, es el que supone un respaldo muy contundente por parte de la administración. Aquellas promesas, que en las elecciones se nos hicieron de cara al objetivo de alcanzar un 12% de energía producida por fuentes vivaces para el 2010, ya está consolidado. Sin que nadie renuncie por supuesto a que sigamos encendiendo todavía más la lucidez. Debemos ir mejorando ese porcentaje ya que todavía resulta insuficiente para detener el riesgo de extinción que amenaza a la transparencia. 